



# Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

## LAS ECONOMIAS



- ¿Qué plantilla tenemos?
- Un director general, veinticinco jefes, mil quinientos oficiales, cinco mil subalternos y diez y ocho mil carteros y peatones.
- Bueno, pues suprima usted cuarenta peatones...

## SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—A una inocente, por Eduardo Bastillo.—El maestro de Villambrones, por Juan Pérez Zúñiga.—El reloj de Pamplona, por Fiacro Vráyzos.—La petición de mano, por José Zabonero.—Las patentes, por Eduardo de Palacio.—Juicio oral, por Simón Delgado.—Cuento viejo, por Rafael Tortomé.—Las hijas de Eva, por Antonio Montalbán.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

DRABADOS: Las economías.—Donativos.—Anuncios, por Cilla.



No ganamos para emociones. En Barcelona ha estado á punto de parecer el general Martínez Campos, y aquí, el presidente del Consejo de ministros ha sufrido la fractura del peroné, especie de hueso interior, que ha dicho un periódico de noticias

Medio Madrid se ha apresurado á inscribir su nombre en las listas colocadas en el portal del palacio donde reside el jefe del Gobierno. La mitad de los firmantes no tienen el gusto de conocerle ni jamás han cruzado con él su palabra, pero no importa: al tratarse de una persona que ocupa un elevado puesto en la sociedad, siempre es agradable echar una firma, para que vea el enfermo que nos interesamos por él.

La lista está llena de «Martínez», «Sauchegas», «Lopez» y otros «Pereces». Uno de éstos ya de media en media hora al portal del presidente, con objeto de leer el parte facultativo y entregarse á las lamentaciones de rigor.

«El enfermo ha pasado la noche con relativa tranquilidad», Pérez lee las anteriores palabras y se dirige al portero diciéndole:

—No sabe usted cuánto me alegro. Hombre, yo tendría interés en que supiera don Práxedes que vengo cada media hora á saber cómo tiene la pierna. ¿Por qué no sube usted á decirselo?

—¿Está usted loco?

—Si lo hace usted por no dejar sola la portería, yo me quedo aquí en el entreméntras.

Cualquiera, al ver el interés de Pérez, supondría que es muy amigo del enfermo, y no hay semejante cosa. Baste decir que no le conoce ni de vista y que estuvo dos años confundido con otro sujeto, hasta que un día vio pasar á éste por la calle de la Montera, y dijo:

—Allá va Sagasta, ¿no simpático es?

Y un guardia de orden público que le oyó no pudo menos de decirle:

—Está usted enloquecido.

—¿Qué? ¿No es ese Sagasta?

—¿Qué ha de ser! Ese es un tratante en butifarra que vive en la calle del Sombrerete.

Pues á pesar de este desconocimiento absoluto de la persona de D. Práxedes, Pérez está disgustadísimo con lo de la fractura, y hace dos días que no cesa de preguntar á todo el mundo dónde tenemos el peroné.

Hay muchas personas que imitan á Pérez en esto de meterse en lo que no les importa. Yo tengo un amigo que es padre de familia y anda sin un real-hace cerca de tres años. Además, á su señora se le presentó un bulto sospechoso en una canilla y se pasa la vida en un ¡ay!

Nosotros decimos al esposo:

—¿Por qué no la consulta usted con un médico?

—¡Bah!—contesta él.—Ya se quitará el bulto cuando guste.

Ni se cuida del bulto doméstico, ni de buscar un destino que alivie su situación; pero en cambio, le tiran una bomba al general Martínez Campos, y se apresura á telegrafiarle ofreciéndole su vida y la de su esposa: sabe que á Capdepón le han sacado una muela, y le

escribe una carta dándole el pésame. Ahora lo del peroné de Sagasta le trae preocupado hasta el punto de esperar á Pablo Cruz por las noches para recibir de sus estables noticias frescas.

—No me oculte usted nada.—le dice con acento lugubre.—Necesito saber la verdad desnuda.

—El enfermo está mejor.

—¿Es eso cierto? ¿No me engaña usted?

—Lo juro.

—¡Gracias, gracias!—y cogiéndose entre sus manos la cabeza de Cruz, imprime en su frente un ósculo de reconocimiento.

Hay quien cree que la mitad de los que firman en casa del presidente, buscan el medro personal y persiguen un porvenir de dichas y abundancias. ¿Quién sabe!

Algunos conocemos que han recibido la noticia de la fractura con gran indiferencia, y sin embargo, firman todos los días con letra gorda, porque se figuran que el presidente pide la lista por la noche y la lee con afán, diciendo, verbigracia:

—¡Qué letra tan hermosa tiene este Marcelino Ruibarbo!... Marcelino... Marcelino... ¡Ah! ya sé quién es; sí, éste es un joven rubio, con algo de humor herpético, que va al café Inglés por las tardes. En cuanto me ponga bueno le voy á dar la cruz de Isabel la Católica.

¡Suponer que D. Práxedes va á tener en la cabeza los nombres y apellidos de todos los que le saludan en este mundo!

Dado lo mucho que tiene que hacer y las graves cuestiones que preocupan su ánimo, es muy posible que pierda la memoria en más de una ocasión, y quizá algunas veces vaya á firmar un documento y pregunte á su secretario:

—Diga usted, Cateto: ¿cómo me llamo yo?

Si ser presidente del Consejo de ministros ni tener más preocupación que la del casero, hay días en que ni yo mismo sé cómo me llamo, y la prueba está en que no hace mucho tiempo fui á poner mi firma al pie de un artículo, y en vez de mi nombre puse el de Eustaquio Cabezon, á quien debo un piquillo.

Conste que lo escrito anteriormente no quiere decir que hayamos visto con indiferencia la caída del Sr. Sagasta; pero encontramos ridículo el exagerado interés de ciertos seres, entre los cuales hay uno que anda por ahí gimoteando como si el peroné fuese cosa suya. En todo el día no cesa de hablar del accidente, y en cambio se le acaba de morir una cuñada y ni siquiera se conmovió. Lo único que hizo fué mandarla enterrar del modo más barato posible y decir á su mujer:

—Pues mira, nos hemos ahorrado una boca.

—No digas eso. La pobrecita era de muy poco comer—contestó la atribulada esposa.

—Bueno, pero siempre comía algo.

¡Ay, qué mundo éste! como dice Alfonso, el foforero del café de la calle del Príncipe.

LUIS TABOADA.

## Á UNA INOCENTE

Mi preciosa y adorable  
compañera de tertulia,  
en quien el entendimiento  
compite con la hermosura:

Te remito ese romance  
de esta envejecida musa,  
que, envidiando tu inocencia,  
quiere resolver tus dudas.

Dícesme que de mis copias  
me honraste con la lectura;  
que las del niño te encantan  
y las del viejo te asustan.

Que hallaste en mi *Primavera*  
el aroma y la frescura,  
y que es tan frío mi *Ototo*  
que ya mi *Invierno* te anuncia.

Dejas mis *Cuatro estaciones*  
y en *Buenavista* me buscas,  
y, sin comprender á *Elbeigo*,  
severamente le juzgas.

Á tus bellos ojos niños  
todo azul se les figura,

y hallas tan negros mis cuadros  
que asustada me preguntas:

«¿Cómo el que vió cuando niño  
dejó tan suaves pinturas,  
y hoy, que no ve, con sus sátiras  
de fuerte y duro se acusa?»

Inocente de mis ojos,  
que aún te ven por su ventura,  
Dios haga eterno en los tuyos  
el candor con que salgaras.

Lo mismo que ves tú ahora  
vi en el albor de mi masa,  
con esa fe que te asiste  
y esa ilusión que te alumbra.

La luz alegre los ojos  
con recuerdos de la cuna;  
los de adentro á ver empiezan  
si los de fuera se nublan.

Mueren ilusiones de óptica,  
y, ante la verdad desnuda,  
el que amor cantaba en serio  
canta miserias en burlas.

Ver por fuera es ver alegría;  
triste es ver estando á oscuras,  
pues desnudo se ve el vicio  
aunque la virtud le cubra.  
De la luz con los cambiantes  
el que ve mejor se ofusca,  
y sólo al desengañado  
ve del engaño la industria.

Si el niño adoró las formas,  
hoy el viejo el fondo estudia,  
y ése es el porqué del palo  
del ciego á la turba multa.  
A ti el palo no te alcanza;  
deja que al malo sacuda,  
inocente de mis ojos,  
que aún te ven por su ventana.

EDUARDO BUSTILLO.

EL MAESTRO DE VILLAMBRONES

No hay un hombre que sufra  
más distracciones  
que el maestro de escuela  
de Villambrones.  
Para lavarse el rostro  
por la mañana  
suele llenar de tinta  
la palangana,  
y al espejo se mira  
tranquilamente,  
y se cree que es un negro  
que vive enfrente,  
hasta que su señora  
le despalliza  
dándole trece golpes  
con la badilla.  
Si algún chico travieso  
de los que educan  
le tira pelotillas  
á la peluca,  
acomete á cualquiera  
de sus vecinas  
y la rompe en un hueso  
las disciplinas.  
Que confunda los nombres  
es muy corriente.  
Al que se llama Río  
le llama Puento,  
y á Melifón Ricardo  
y á Luis Canuto,  
y al que se llama César  
le llama bruto.  
Por premiar al muchacho  
más distinguido,  
suele pedirle un duro  
(¡qué distraído!).  
Dice que tres por cuatro  
son diez y siete  
y que el primer rey godo  
fue Berrugete.

Explicaba á los niños  
doctrina sana  
con el gorro en la mano  
Gotta mañana,  
y á mirar su cabeza  
fui por lo mismo...  
¡Le tapaba los sesos  
un catecismo!  
Tiene una gran pelleja  
su señora  
para explicar en clase  
geografía,  
y en la cuna del niño  
que Dios le ha dado  
tiene el mapa de España  
todo calado.  
Cuando le escribir enseñan  
(¡qué majadero!)  
suele mojar las gafas  
en el tintero,  
y hace unas eñes grandes  
como ceñoros  
con la pluma en el sitio  
de los anteojos.  
Distracciones á miles  
padece, en suma.  
Cuando se mama el dedo  
se cree que fuma,  
y hasta cobra dos veces  
el pobrecillo  
si se descuida el padre  
de algún chiquillo.  
Por lo tanto, el que sabe  
su vida extraña,  
dice con fundamento  
que en toda España  
no hay un hombre que sufra  
más distracciones  
que el maestro de escuela  
de Villambrones.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

EL RELOJ DE PAMPLONA

Todo el mundo sabé ya,  
pues de antiguo lo aprendió,  
que en Pamplona hay un reloj  
que apunta, pero no da;  
mas lo que la gente ignora,  
y yo se lo explicaré,  
es la razón de por qué  
apunta y no da la hora.  
Queréndolo averiguar  
por el propio interesado,  
subí ayer hasta el tejado  
para poderme informar.  
Me encaramé hasta el reloj,  
hablé despacio con él,  
y escrito en este papel  
está lo que me contó.

Según refiere la historia  
—dijo,—hubo el siglo pasado  
un gobierno desdichado  
de tristísima memoria,  
y al cual, con mucha finura  
y con respeto profundo,  
le llamaba todo el mundo  
un gabinete de altura,  
por más que el tal gabinete  
no era, por su gente boba,  
ni gabinete, ni altura,  
ni casi, casi retrate.  
Entre otros planes funestos  
que siempre maldeciré,  
concebí la idea de  
nivelar los presupuestos,  
pero de un modo vulgar,

que es buscando los millones  
con nuevas contribuciones,  
pudieranse ó no pagar.  
Cop eo enal salta á la vista  
que, lo que es de esa manera,  
los nivelaba cualquiera  
sin ser un gran hacendista.  
Para conseguir sus planes  
los citados caballeros,  
cometieron desafueros,  
tropelías y desmañes,  
y hubo más de dos regiones  
que, al verse en cello humilladas,  
protestaron indignadas  
de tales contribuciones.  
En esta plaza que ves  
—siguió diciéndome el reloj—  
presencié hace tiempo yo  
cosas de mucho interés.  
Vi á este pueblo, entusiasmado,  
de fido y satisfecho,  
reclamando su derecho,  
tantos años respetado;  
y escuché ¡vivas! sinceros  
de todos, pobres y ricos,  
y se entonaron zorticos  
y aclamaron á los Fueros.  
Cuando vi en el pueblo que  
cesó el vocerío atroz,  
alcé potente la voz,  
y de este modo le hablé:  
—Vuestra intención es muy sana!  
¡Bien por el pueblo altanero!  
¡Defended vuestro dinero,

que es el pan para mañana,  
y haced todos desde ahora  
lo que yo, que estoy muy barto!  
[Desde hoy no doy ya ni un cuarto,  
ni una media, ni una hora!

¡Ya lo sabéis! No doy nada,  
y así seguiré hasta el día  
que pierda la sangre fría  
y de alguna manera...

Dijo el reloj y calló,  
Se encerró en triste mutismo,  
y aún continúa lo mismo  
que cuando me lo contó.

Y aquí está explicado ya  
por qué la fama progresa  
que hay un reloj en Pamplona  
que apunta... pero no da.

FLACRO Y SANZOS.

LA PETICIÓN DE MANO

Antolín Antón. He aquí mi tarjeta. Por mi cédula de vecindad podréis ver que soy propietario, casado; todo esto es verdad, y así lo fuese lo de que mis señas particulares no exceden de lo regular, porque, en tal caso, tal vez no se hubieran producido tantos y tan irregulares infortunios; pues habéis de saber, modestia aparte, que soy un individuo bello é inteligente, adinerado como apéndice sin duda á una descomunal nariz, á una cordillera de carne.

El cuento va á que cierto día me decidí valerosamente á pedir la mano de Margarita Flores. ¡A qué he de pintarla! Ya os he dicho que soy hombre de bastante nariz, y podréis comprender que no habría de enamorarme de una de esas mujeres que tienen la cara borrosa y subia como los bustos de las monedas de cobre, que todo el mundo manosea.

Margarita era rubia, tenía una nariz monísima; una boca de aquí estoy, béisame, unos hermosos ojos, un pie pequeñito, un cuerpo bien hecho, siendo, en fin, lo que se llama una real moza, y á la vez una muchacha bonita. Puedo enumerar las sensaciones y dar cuenta de la emoción que tuve aquel día: las botas nuevas me apretaban los pies, prieto estaba el cuello de la camisa, me embarazaba la ropa nueva, hallándome, en fin, condenado á estreno, á conservar el brillo de un objeto de lujo que ha de huir de toda quebradura, deslucimiento ó mancha.

¡Qué sensación de miedo, de repentino calor é intenso frío, de afán y de esperanza, de ilusión y de duda me dominaba! El corazón, esa pelota cautiva de carne, botaba dentro del pecho, y mi mano cogió el desfilachado y mugriento cordón de la campanilla del cuarto donde habitaba Margarita.

¡Oh ladridos! ¡Dios mío! dije ¿si me expondré á tener también mi perro político? Pero cuando abrieron la puerta me estremecí aún más: ante mis ojos se hallaba una espantable cara, tal que casi me hizo creer que de ella habían partido los ladridos. Por un momento hubé de acobardarme pensando en que aquélla podría ser mi mamá suegra.

—¿El señor don Canuto Flores?—dije.  
—Aquí vive. ¿Qué desea usted?  
—Dígale usted que está aquí el señor don Antolín Antón.  
—¡Ah! Pase usted, pase usted—me dijo haciéndome entrar en una reducida sala con muebles barbados y descoloridos; unos sin pellejo, otros sin patas, aquel patiquebrado, el de más allá con mordeduras y quebrantamientos, y colgado de la pared un espejo mágico que todo lo ponía en caricatura, cuyo sicio cristal hacía tales aguas que no había quien allí se mirase, libre de ver su imagen desmesurada y grotesca.

Mi nariz apareció aterradora y veinte veces más grande de lo que era en realidad; esto me hizo palidecer, me aturdió, y á poco, enredándose mis pies uno con otro, ó tropezando con una silla, caí en una catástrofe ruidosa.—¡Oh Dios mío!—me decía—martirio terrible es soportar la cruz; pero ¿para qué redención voy yo? ¡prendido á esta deformé nariz!

Temía por mi suerte: de lejos, á gran distancia, tal vez mi nariz me prestara cierto aire de grandéza; pero cuando Margarita viese ante sí un campanazo de carne y hueso, dos bocas como la de Cabelle con su meseta central, una masa sensible á los cambios de temperatura, que mudaba por el frío ó por el calor de mil colores; callón gigantesco, dromedario-sensitivo y ésto por decir que la más estrambótica aberración de la naturaleza, ¿cómo no habría de espantarse ante un marido con apañadura! ¿Qué sería de ella el día que se me hincharan las narices?

No dieron tiempo á que signiera mi aterradora reflexión los individuos de la honrada familia de Margarita. Penetró primero en la sala un pequenuelo, cuyos ojos se asombraron, cuya boca y cuyos zapatos reían á más-reír, y desapareció haciendo retroceder á otros dos niños, y temí oírle exclamar en un rasgo de ingenuidad infantil:

—¡Ay, papa, papa! En la sala hay un señor con unas narices muy largas.

Suposición que exarcerbó la fiebre que las aprensiones referidas me producían. ¿Qué efecto no habría de producirme, hiriendo mi susceptibilidad vidriosa, oírle decir al padre de Margarita, un buen vejele algo mope y que apareció ante mí haciendo visajes:

—Beso á usted la mano, señor Antón. Ha acertado usted con la hora de hallarme; tiene usted buena nariz.

Recuerdo que se habló en términos generales y luego más ó menos minuciosos y concretos del importante asunto que allí me conducía; y el diablo fué anredando las cosas de manera que vinieron á cuento, con razón ó sin ella, miles de frases y alusiones á la nariz:

# LOS DONATIVOS



Los periódicos, después de dar horripilantes detalles de la inundación, piden en sentidos párrafos socorros para las pobres víctimas.



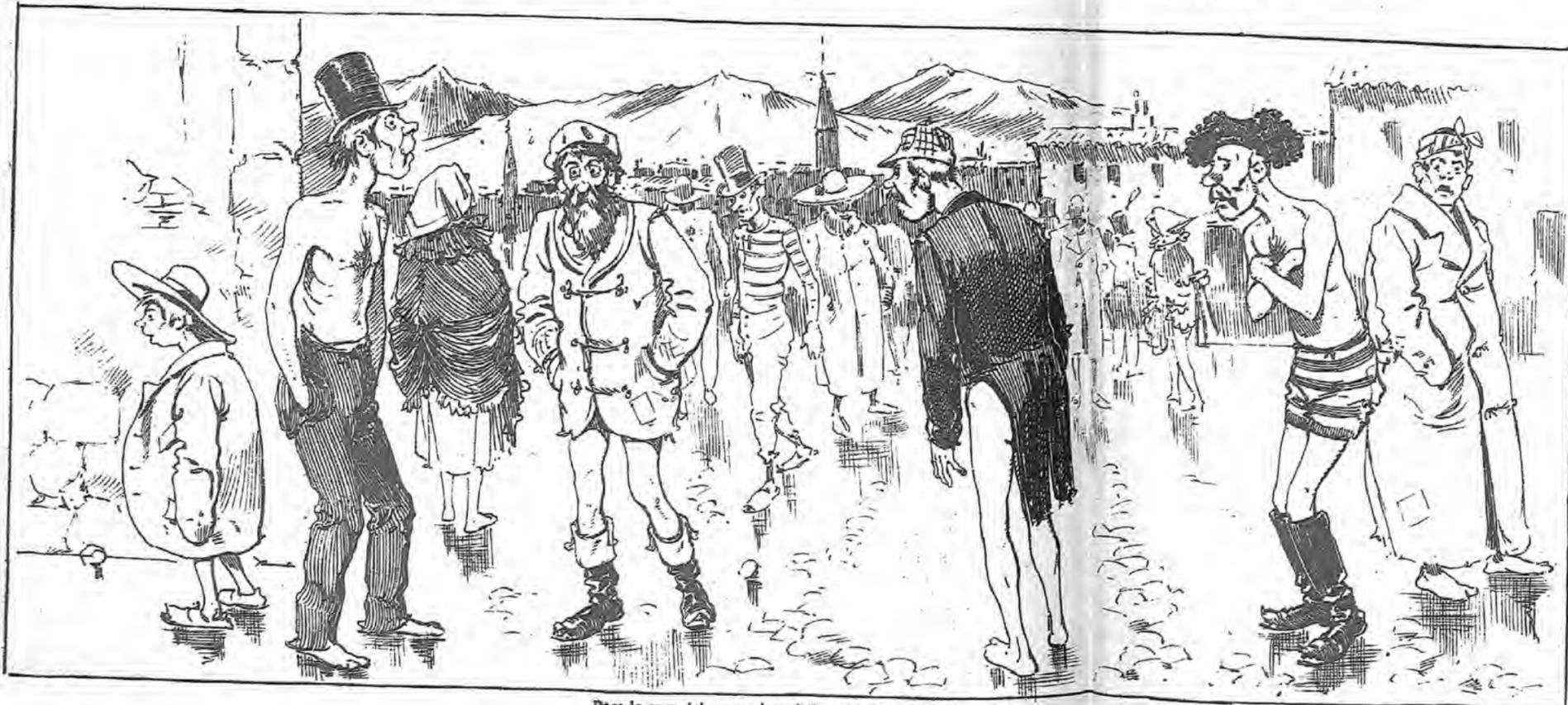
Y el público, respondiendo solícito a la voz de la caridad, acude al gobierno civil con cuantas prendas en mal uso le vienen a las manos.



Inmediatamente el gobernador remite a su destino cajas y más cajas



Cuyo contenido se reparte lo más equitativamente posible, en medio del barullo que se suele armar en tales casos.



Pero lo esencial es que las víctimas de la catástrofe encuentran un pequeño alivio en su situación desesperada.



Y la prensa da las gracias, por su propio conducto, a los generosos donantes que han vestido decentemente al desnudo, haciéndose acreedores a la divina recompensa.

«yo no hubiera dado á ningún pretendiente con la puerta en las narices» decía D. Canuto; «bien sé que hay hombres que no ven más allá de las suyas, pero los tales vienen al cabo á quedarse con una cuarta de idem.»

Por los poros de la mia brotaba en menudas gotas un copioso sudor; miles de colores, de la lividez al oscuro violeta, señalaban los estremecimientos coléricos de la aludida y las diversas conmociones de mi corazón. ¿Quién puede ver que su dicha se pierda, no por la fatalidad dramática de los celos, no por los inconvenientes cómicos que surgen luego de establecido el llamado parentesco político en ese círculo del infierno que no vió el célebre *ólibe*, el Dante, y donde andan á la greña cuñados, primos y suegras, sino por un obstáculo de nacimiento, por una carne que se hizo toda nariz de lo que pudiera haber sido un hermano gemelo, por la fecundidad portentosa de una robusta excrescencia, de una proa humana, de un abuso de confianza de la fuerza embriológica, de la herencia, en fin, con que contribuyeron á abrumarme siete generaciones de narigudos?

Al salir de la casa aturrido y confuso oí como un sarcasmo la terrible exclamación de mi suegro:

—¡Cuidado! No vaya usted tan de prisa, no se rompa las narices.

Y sin embargo, la linda Margarita fué mi esposa. Tuve doce hijos, doce pez-espadas narigudos también, no bastándome toda mi fortuna para el gasto de moqueros. Está visto, creedme, siempre había de perseguirme esta fatalidad, y aun ahora mismo, que me he propuesto escribir, he defraudado las esperanzas de mis lectores, dejando á los más romos con una cuarta de narices.

Antolín Antón.

Por la copia,  
JOSÉ ZAHONERO.

## LAS PATENTES

—Y será un sujeto vil  
quien, obediente y servil,  
pague la contribución:  
yo me adhiero á la opinión  
del Círculo Mercantil.  
El alcohol es liberal  
y yo no pago ni un real  
por que me den la patente;  
que tengo la de valiente  
en el torbe universal.»  
No tengo tienda, y lo siento;  
yo, con establecimiento,  
no pago ni por sorpresa,  
y nadie es aquí Muncisa  
mas que yo, con más talento.  
Sublevo al país sensato  
y le bebemos barato,  
no al país, al aguardiente,  
y que pague la patente  
sólo el que sea novato.  
Porque tanto restringir

es deseo de reñir,  
y pudiera suceder,  
no dejar á uno beber,  
es no dejarle vivir.  
Ya la paga al por menor  
el hombre consumidor,  
por el alcohol que contiene:  
¿el que lo gasta no tiene  
patente de bebedor?  
Ese impuesto... fratricida,  
aunque me cueste la vida,  
no cuajaré; me sublevo.  
—¿Usted es industrial?  
—Yo llevo  
un almacén de bebida.  
Con tanta contribución,  
ni vive la producción,  
ni el arte muere de empacho.  
—¿Y usted quién es?  
—Un borracho,  
con muchísima razón.

EDUARDO DE PALACIO.

## JUICIO ORAL

—¿Tiene algo que decir el acusado?  
—Sí, señor presidente.  
Deseo que el Jurado  
no atienda á mi delito solamente.  
¡Le pido compasión! No por el miedo  
que me infunda el castigo que me espera,  
sino porque no puedo  
morirme allá en la cárcel... aunque quiera.  
Yo maté á mi mujer. Lo he confesado.  
Y la maté á traición, loco, embriagado  
por la rabia insensata  
que produce en el hombre la cefala  
de la ilusión más pura y más querida,  
y, en casos como el mío, es la que mata.  
Ya lo ha dicho el fiscal. No tengo prueba,  
pero en estos combates ¿quién la tiene?  
Viene la horrible duda... porque viene  
y entra en el corazón y allí se ceba.  
Mi esposa me era infiel. Yo lo sabía.  
¿Por qué? No lo diré, pero es tan cierto  
que si al verlo en sus ojos aquel día  
no me atrevo á matar, me hubiera muerto.  
Porque al darla mi amor y el alma entera  
he sido fiel, trabajador, honrado...  
y pífida y perjura y embustera,  
preferí á mi cariño el de cualquiera  
que entró como un ladrón en mi cercado.  
Por eso la maté. Pero repito  
que no busco disculpas al delito,  
y si pido piedad humildemente  
no es porque la cadena me intimida,  
que en algunos azares de la vida

la víctima se traeca en delincuente.  
Pero tengo dos hijos. ¡Dos! tan bellos  
como ángeles sin mancha de pecado.  
Tenían una madre y la he matado...  
Si me encerráis á mí, ¿qué va á ser de ellos?

SINESIO DELGADO.

## CUENTO VIEJO

De una famosa taberna  
de una calle de Toledo,  
aunque tarde, entre dos luces,  
salió un rufián muy apuesto,  
con una mano en la espada,  
la otra en el cinto de cuero,  
el mostacho retorcido  
y de soslayo el chambergo.  
No veía ni aun la chispa  
que le alumbraba por dentro,  
porque de puro alumbrado  
el rufián estaba ciego,  
y murmurando entre dientes  
y con los pasos inciertos,  
por Zocodover anduvo  
contoneando su cuerpo.  
En una oscura calleja  
que hacía *zur* como el ebrio,  
su mala fortuna quiso  
que diera golpe tan recio  
contra un muro, que el borracho  
cayó de bruces al suelo.

Con las narices pringadas  
y harto magullado el cuerpo,  
se alzó el rufián blasfemando,  
lleno de furia y denuedo.  
—Follón, malandrín, cobarde,  
ven acá, que á nadie temo,  
dijo el brayo, y de la vaina  
sacó la espada colérico,  
arremetió contra el muro  
dándole tajos certeros  
con tal furia, que en la piedra  
sacaba chispas el hierro.  
Entonces, el bravucón  
dijo al muro: —Caballero,  
para batirme con vos  
iguales armas pretendo,  
porque yo las traigo blancas  
y vos las tenéis de fuego.  
Después, envainó la espada,  
se caló su gran chambergo,  
y con pasos atentos  
fuése perdiendo á lo lejos.

R. TORROMÉ.

## LAS HIJAS DE EVA

Hombres, ¡lo que son mujeres!...  
CAMPOAMOR.

Á los postros de almuerzo succulento,  
un chistoso andaluz contó este cuento:

Es un país aquél... extraordinario;  
todo es en él contrario  
á los usos, costumbres y á las leyes  
que por acá gobiernan ó nos rigen,  
y ni Roques ni reyes,  
no haciendo falta dirección, dirigen.  
Grande es la libertad que allí se goza;  
toda la gente es moza,  
porque se sabe allí por experiencia  
que los años engendran desengaños,  
y tiene aquella gente la prudencia  
de vivir pocos años.

En dos grandes barriadas ó lugares  
(entre las cuales cruza perezoso  
un río... caudaloso  
como vuestro mezquino Manzanares)  
viven por separado  
cada sexo á su lado.

Sobre el río hay un puente que consiente  
la comunicación de aquella gente;  
pero el amor allí tiene galbana  
y el hombre sólo siente  
necesidad de atravesar el puente  
una vez nada más cada semana...  
(Hizo pausa el del cuento, tomó aliento  
y así prosiguió el cuento.)  
Un día, al despertar en sus barriadas,  
vieron aquellas gentes, consternadas,  
crecer el río, amenazando estrago,  
y al ímpetu feroz de su corriente  
desmoronar el puente,  
saltar el cauce y convertirse en lago.

¡Qué ansiedad! ¡qué agonía!...  
La comunicación estaba rota...  
nadie nadar sabía...  
y al trascurrir un día y otro día  
la gente sufre y nota  
la gran falta que el puente les hacía...

Alguien se apresta á construir un barco  
para cruzar el charco;  
éste quiere nadar y, torpe, nada;  
otro cifra su empeño  
en navegar encima de algún leño  
que se lleva en seguida la riada.

Los hombres, afanosos,  
fijos en sus quehaceres,  
ensayan mil ardidés peligrosos...  
Sienten ya las mujeres el hastío...  
—¿Y qué diréis que hicieron las mujeres?  
—Pedir á Dios clemencia.—, Que sí quieres!

¡Se bebieron el río!...—  
Y un madrileño dijo:—¡Vaya un país!  
Pues si alguna española  
se encuentra en este caso,  
¡se lo bebe ella sola!

ANTONIO MONTALBÁN.

ALMENDRAS AMARGAS



COLECCIÓN  
DE  
COMPOSICIONES EN VERSO  
DE  
SINESIO DELGADO  
Ilustradas  
con dibujos de Gilla,  
fotografiados de Thomas y C<sup>o</sup>, de Barcelona,  
y Laporta, de Madrid.  
UN TOMO DE 300 PÁGINAS  
Precio: 8 pesetas

Este libro se pondrá á la venta en la Administración del MADRID CÓMICO y principales librerías en los primeros días de la semana próxima. A los señores libreros y correspondientes del periódico y á todo el que haga un pedido que exceda de seis ejemplares se hace una rebaja del 33 por 100, costando por consiguiente cada ejemplar dos pesetas, franco de porte. Los suscritores que lo sean directamente con la Administración obtendrán igual ventaja; entendiéndose que para unos y otros el pago ha de ser anticipado, en libranza ó sellos de franqueo.

Los que deseen que se les envíe el paquete certificado se servirán remitir su importe.



Durante la temporada de verso, de Junio á Septiembre, se han estrenado las siguientes obras dramáticas en los teatros de Madrid:

	En un acto.	Éxitos.	Fracasos.	Tótal.
Apolo.....	4	3	1	4
Príncipe Alfonso.....	7	4	3	7
Recoletos.....	8	5	3	8
	19	12	7	19

Con ver el escaso número de teatros que han estado en funciones, añadir que, con relación á igual temporada del año anterior, se han estrenado diez y ocho obras menos, y advertir que la mayor parte de las que se han salvado han obtenido un mediano éxito, y alguna que otra regular solamente, se deduce en seguida que la campaña ha sido cualquier cosa menos brillante.

Lo cual es de lamentar, ¡qué demonio! Y ahora allá va la lista de autores:  
Escritores: Sres. Navarío Gonzálvo, Sánchez Pastor, Delgado, Monasterio, Ibarrola, Navarro (C.), Prieto, Caba, Díaz, López Marín, Yráyoz, Alvarez Naya, Paño, Alvarez, Vergara, Arqués, Veggá, Cuesta y Gullón.  
Músicos: Sres. Brull, Marqués, San José Valverde (hijo), Cereceda, Estellés, Rbbió, Sigler, Alvira, Jiménez, Caballero, Hermoso, Muñoz, Pedreira, María y Julián.  
Total: Diez y nueve autores dramáticos y quince maestros compositores.

¡Diz qué hace más de seis años  
te mueres de amor por Sabas.  
¡Válgame el cielo, hija mía,  
y qué agonía tan larga!

J. M. LLACER.

En Santander están como cuerpo sin alma porque no hay modo de constituir el ayuntamiento.  
Si les hiciera mucha falta, podríamos enviarles el de la villa y corte.  
A los santanderinos les parecería el anterior, el suyo, tortas y pan pintado; y nosotros nos quedábamos en la gloria...

La bella Rosalía,  
porque era feo Luis, no le quería,  
y la preciosa Para  
le amaba, aunque era feo, con locura.  
Esto prueba que tienen las mujeres,  
siendo hermosas, distintos pareceres.

VALENTÍN MURO.

Libros:

Almanaque de El Folletín para 1894. Contiene multitud de artículos y poesías de renombrados escritores y profusión de preciosísimos dibujos. Precio: una peseta.

Naciones de mecánica, importante y útil folleto de D. Salvador Montero, escrito con gran claridad y corrección. Precio: una peseta.

Ha puesto El Folletín á la venta la delicada y conmovedora novela de Alfonso Karr titulada *Geneveva*, al precio de una peseta cincuenta céntimos. A los suscriptores les ha costado 42 céntimos en Madrid y 63 en provincias.

Los que se suscriban á El Folletín recibirán con el cuarenta por ciento las obras publicadas. Fuencarral, 119.

Almanaque de El Motín para 1894. La justa fama adquirida en años anteriores por los almanaques de nuestro colega no emenguará seguramente en el próximo, pues este nuevo libro es, como los otros, una abundante colección de chispeantes caricaturas y amenos é intencionados artículos. Precio: una peseta.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

A. C. I. T.—Se han suprimido definitivamente las caricaturas de personajes, entre otras cosas porque, al cabo de tantos años, ya no quedaban personajes que caricaturizar.

Un coleccionista.—No hay inconveniente, y puede remitir el importe cuando quiera.

Cástulo.—¡Si viera usted cuán mediano es el romancillo!

K. ligula.—En los cantares hay que decir algo, como en todas las cosas, porque para decir vulgaridades más vale no cantar.

Jirivilla.—Asonancias, versos largos... ¡Así no se puede hacer seguidillas en este mundo!

Fisferre.—Los versos que no son ajenos son malos. Y no se dice *soud-nino*... porque no hay costumbre.

Tres eran tres.—Sí que eran tres... bobadas como tres castillos.

Secante.—Vulgar como ella sola.

Jard el Kelder.—¡Ay! no puedo aprovechar ninguna.

Amisio.—Verá usted:

«Con una joven morena  
me sucedió una aventura  
que porque es muy buena...  
(Ahí falta una sílaba.)  
y como hoy estoy de vena  
la va á relatar entera  
este cura.»

Bueno; pero no puede usted relatarla hasta que *vena* y *entera* sean consonantes. ¡Y hay para rato!

Sr. D. V. F.—Valencia.—¡Ay, sí! Son malos, demasiados malos, por desgracia. Si esos señores plagian, ¿qué se le va á hacer? Ya se lo conoceremos probablemente.

El primo Ginito.—Es imposible acertar con el libro que usted desea. Porque hay tantos de distintas épocas y en iguales condiciones... Con decir que en la mayor parte de los almanaques se refinen esas circunstancias... No recuerdo los cuatro versos que cita. Ni es fácil tampoco.

Faca.—Tampoco esos cantares son cosa mayor. Y al tercer verso del último le sobra una sílaba, en mi opinión humilde.

Mendrugó.—El agrimensor se ha equivocado al medir los versos. Y es porque como tendrá costumbre de medir por áreas...

Chipelin.—Pero, hombre, ¿para qué le voy á contestar á usted si, tarde ó temprano, se publican todas ó casi todas?

Nirtocho.—¿Qué español no se siente arrebatado por viril y nobilísimo entusiasmo?...

Bueno; pero no hasta el punto de meter en un verso más sílabas de las que caben.

Pisih.—Los versos no están mal del todo, pero la idea es una vulgaridad muy grande.

Uno que fué á Cáceres sólo para ver la estatua de Ceres.—Y en el viaje se le olvidó medir los versos como Dios manda, y desde entonces nnos le salían largos y otros cortos...

Guernicaco Arbolhi.—Cosa que le ha pasado á usted también, sin haber ido á Cáceres.

Pirrities.—No tienen nada de particular absolutamente.

Sr. D. F. F.—Esas aventuras amorosas que acaban con paños del marido ó del padre... ya no tienen gracia.

Oleio.—Tampoco está mal. El final, que resume la idea, no me gusta, porque es una vulgaridad que no merecía tantos versos.

P. Pino.—Vulgares todos los epigramas.

# ANUNCIOS

Lit. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36.

## DISPUTA



El conde D. Nuño aseguraba a otro bienaventurado que sus tiempos eran mejores que los actuales; y como se iban agrisando un poco...



Dios le concedió permiso para visitar la tierra y convencerse por sus propios ojos.



Llegó y cayó sobre un pavimento de mosaico hidráulico de la casa *Escofet, Fortuny y Compañía*. Alcalá, 18.



Vió luego el salón dental de *Tirso Pérez*, Mayor 69, donde le pusieron en el acto una preciosa dentadura inamovible.



Aspiró el perfume delicioso de la *Colonia Palomar*, Fuencarral, 24. *Perfumería y Droguería*.



Se convenció de que con una sola gota de *Quina Palomar* le brotaba el pelo en el férreo casco.



Dió un paseo sobre magníficas baldosas especiales para terrazas, azoteas, aceras y patios. *Escofet, Fortuny y Compañía*. Alcalá, 18.



Se arrodilló mudo de asombro ante las finísimas y elegantes telas de *Martínez*. San Sebastián, 2.



Comparó su casquete pesado y antipático con los cómodos y ligeros hongos de *García Carrasco*. Carretas, 26.



Convino con *Pesquera, Magdalena*, 20, en que era mejor un pantalón inglés que la apretada malla.



Probó el riquísimo *Cognac fino de Moguer*, superior a todos los licores conocidos. Sobrinos de *Guinea*, Carretas, 27, y depósito de vinos, Arenal, 2.



Contempló extasiado los objetos de arte en mayólica, cerámica y barro, de *Escofet, Fortuny y Compañía*. Alcalá, 18.



Se quitó en un momento las manchas de la sobrevesta con el jabón de *Castillo*. *La Pasionaria*. Carrera, 12. — Tudela.



Vió desaparecer un divieso que le venía molestando con el *Cold-cream virginal*. *Farmacia de Torres Muñoz*. San Marcos, 7.



Comprendió que los artesanos y floreros para techos de *Escofet, Fortuny y Compañía* eran verdaderos prodigios de arte.



Y no pudo menos de pedir por favor que le dejaran descansar en una cama del Bazar de la Plaza de la Cebada, 1.



La cual le pareció tan cómoda y tan fuerte que no quiso volver a la gloria,



y sólo volvió por mandato de Dios a pedir perdón al bienaventurado con quien disputaba haber sostenido error de tanto bulto.

## MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

### PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

### PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

## GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS

COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

MÁLAGA-MANZANARES

## CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

# COMPANÍA COLONIAL

TAPIOGA, TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

MADRID